

EL ADOLESCENTE Y SU POEMA

Autor: Enrique Tenenbaum

Encuentro en Regio Calabria. 24 de junio de 2017

Sostenía Umberto Eco que la lengua de Europa es la traducción.

Por mi parte considero que toda lengua es traducción, toda lengua es extranjera, por cuanto es así como nos es legada: venimos a un mundo en calidad de infantes, sin habla, y recibimos una lengua, la que se habla en nuestra casa, la que Dante llamó lengua materna, a la que forzosamente tenemos que incorporar, si queremos vivir en ella, si queremos -simplemente- vivir; y para incorporarla lo primero que debemos hacer es traducirla, transformarla en sonidos, en imágenes, sensaciones, gritos, laleo, primeras palabras.

Y cuando crecemos, y nos parece que hablamos la misma lengua que nuestros amigos, que nuestras familias, que nuestros vecinos, nos sorprendemos a menudo porque esa lengua no nos pertenece, no la dominamos, no podemos con ella expresar exactamente lo que queremos decir, como tampoco logramos entender plenamente lo que se nos dice. La lengua no pertenece, afirmaba Derrida. Agregó: somos nosotros quienes habitamos la lengua, en el mejor de los casos le pertenecemos; le pertenecemos de alguna manera, puesto que nos aloja.

Es cierto que a la lengua nosotros podemos transformarla, intervenir en ella, engendrarle connotaciones, inventar nuevas palabras, retorcer sus expresiones, crear neologismos, podemos realizar ataques a la lengua. Y si la atacamos es porque está viva, porque vive en constante cambio. Podemos intervenir en ese cambio. Pero apropiárnosla... eso no es posible.

*

Hay momentos en que la lengua entra a jugar un papel determinante en nuestras vidas. Ya indiqué la primera, la primera infancia, el regocijo por las primeras palabras, siempre mal pronunciadas, siempre al abrigo de un adulto que amorosamente nos corrija hasta que logremos hacernos entender por las palabras, y no solamente con gestos.

Y es así que las palabras y los gestos son como hermanos, fueron creciendo casi juntos, es por eso que la lengua y el cuerpo mantienen una relación tan íntima.

La lengua impacta en el cuerpo, lo marca, lo nombra, lo perfora, lo anima y también lo desploma. Somos sensibles a aquellas palabras que conmueven el cuerpo, sea tanto una conmoción de amor como una herida de dolor. Y esto es así por cuanto es por la lengua que disponemos de un cuerpo: ¿qué cuerpo tendríamos si no nos hubieran acunado hablándonos de ese cuerpito al que tuvimos que amoldarnos? ¿No es acaso esa la tarea fundamental de todo bebé? En nuestro país una canción que se le canta a los bebés dice -y se la canta haciendo el gesto- “qué linda manito que tengo yo...”

En toda ocasión en que la vida nos enfrenta a situaciones nuevas, inesperadas, sean reconfortantes o dolorosas, sean para avanzar o para detenernos, el cuerpo está implicado de alguna manera, como también está implicada la lengua. Un accidente, una intervención quirúrgica, una pérdida, un duelo, un nacimiento, un nuevo amor. Suele ocurrir que no alcancen las palabras para nombrar esas situaciones.

¿Por qué no alcanzan las palabras? ¿Es que acaso no disponemos de todas las palabras para nombrar todas las situaciones, precisar las sensaciones, traducir las emociones? No, no las disponemos.

¿Acaso es así todo el tiempo? Si.

*

Pero hay un momento privilegiado de la vida que nos permite, más que ningún otro, entender que no disponemos de todas las palabras, que las palabras que nos han legado no alcanzan, son insuficientes, casi siempre equívocas, a menudo inapropiadas. Ese tiempo se llama la adolescencia. Freud no habló de adolescencia, se refirió a la pubertad: la adolescencia en un término ligado fundamentalmente a la modernidad, y más específicamente concierne hoy al mercado, mientras que la pubertad se refiere estrictamente a los procesos que tienen su origen en las metamorfosis corporales a causa del empuje hormonal característico, aquel que empuja a la salida de la niñez.

El púber es aquel cuyo cuerpo ha comenzado a crecer de golpe, y ya no se reconoce en él. Federico García Lorca lo decía así: "...yo ya no soy yo / ni mi casa es ya mi casa". La casa -el cuerpo- ha cambiado, y por ende no es fácil para el púber reconocerse en ese espejo que cambia día a día, en los movimientos que se vuelven torpes, en la voz que se agrava, en los sudores que comienzan a oler distinto, en los pelos que pueblan pieles antes inmaculadas, en impulsos y erecciones que tanto perturban como dan placer.

Y esta transformación casi súbita, y que además se vuelve cotidiana, no sólo hace al joven desconocerse en el espejo, sino que son también los padres los que asisten a ese cambio, a ese crecer de golpe, y tampoco ellos lo reconocen: "¿quién este muchacho, ¿dónde está mi hijo?" se preguntaba, contrariada y sorprendida, una mujer que suele venir a hablarme.

Y si en el primer tiempo de la infancia el niño tiene, en los padres, aquellos que le dan nombre a cada parte de ese cuerpecito, que dan nombre a placeres y dolores, en la adolescencia: ¿a quién recurrir para ponerle palabras a estas nuevas sensaciones, para apropiarse de estos renovados miembros que se expresan a su modo y sin pedir permiso?

Una tarea que se le impone al adolescente es un arduo trabajo con la lengua para poder nombrar lo que le ocurre, nombrarlo con palabras que no son las que le han sido ofrecidas. Así es que aún persiste en muchas comunidades una férrea censura sobre estos temas: "de eso no se habla". Como me lo confesaba un joven en sus primeras entrevistas: "¿me tengo que limpiar el pene con papel como me limpio la cola? ...cuando se lo preguntaba a mi mamá, me respondía que sí, que todo lo que estaba alrededor de la cintura y un poco más abajo se llama cola... y si le preguntaba a mi

papá... mi papá me decía: pregúntale a tu mamá... parece que en mi casa de eso no se habla”.

Y aun cuando sí se habla de esos temas, ¿acaso los padres pueden dar con las palabras exactas, pueden ser ellos, una vez más, los donantes de una arquitectura simbólica en la cual su hijo pueda encontrarse y reconocerse en sus cambios, hallar las respuestas a sus nuevos interrogantes? Si ellos, lo padres, ya no lo reconocen... si ellos mismos son ahora el lugar del síntoma de una adolescencia olvidada... ¿dónde, cómo encontrarse?

*

El adolescente suele recurrir a dos tablas de salvación; una es el grupo de pares: los amigos, los primos, los hermanos; y con ellos y entre ellos van descubriendo, sin el auxilio de los adultos, y a menudo contra el auxilio de los adultos, el mundo que ahora se ha transformado haciendo espejo de las metamorfosis de su cuerpo. Y la otra tabla de salvación, para el adolescente, es la lengua. Es en la lengua, y trabajando con la lengua, que el adolescente debe arreglárselas para encarar este nuevo tramo de su vida.

Pero la lengua, una vez más, no alcanza. La lengua es insuficiente para nombrar aquello que, por novedoso, por inesperado, se presenta justamente como inefable. No hay palabras para nombrar las nuevas sensaciones, las nuevas perturbaciones, los nuevos humores. Es por eso que los adolescentes suelen hablar en código, con palabras que los adultos no entienden, con palabras inventadas.

La adolescencia es la principal usina de la transformación de la lengua. Ese es el trabajo adolescente. Podemos notar que los grupos de adolescentes suelen identificarse mediante ciertos términos que actúan al modo de contraseñas, y que nombran la pertenencia a ese grupo. Cada grupo tiene sus propios términos, sus estandartes, sus consignas. La exogamia necesaria no es ajena a la exogamia en y por la lengua, a la construcción de una nueva lengua por la que se desprenden paulatinamente de la lengua materna.

Planteaba Levy-Strauss que el incesto es también un asunto de lengua, no es sólo el cuentito del niño con su madre, es incesto también cuando cada pregunta se acomoda exactamente a su respuesta. Salir del incesto es no encontrar todas las respuestas.

Por cierto que este desprendimiento de la lengua materna ha de ser parcial: el trabajo del adolescente con la lengua es poder nombrar lo que le ocurre, y nombrarse con otro nombre que el que le ha sido donado. No es sin la lengua de los padres que encontrará esos nombres, pero ha de buscarlos en otro lugar, o inventarlos transformando la lengua.

Cuando no están dadas las condiciones para que este trabajo llegue a buen término, en el peor de los casos la lengua resulta el campo de batalla y en esa batalla se daña ella también; esto resulta muy evidente en las psicosis de los adolescentes, típicamente en las esquizofrenias, en las cuales la lengua resulta herida, se empobrece, genera jergas y neologismos que no le sirven para anudarse a ningún grupo, sino que arrojan al sujeto a la abulia, al aislamiento, al deterioro.

Por eso es tan importante estar atentos a las transformaciones de la lengua en los adolescentes, ya que los neologismos que le permiten anudarse a los otros, los que son reconocidos por sus pares, configuran el modo en que el trabajo con la lengua participa del movimiento de exogamia. Por el contrario, cuando el neologismo nada produce en los otros, cuando no se los entiende, cuando el lenguaje se empobrece o se hace bizarro, es el momento para hacer una consulta.

*

Para concluir, quisiera resaltar que los adolescentes hacen poesía. ¿Quién no ha escrito poesía en su adolescencia? Algunos prosiguen en esa práctica, otros la abandonan al llegar a lo que se llama la adultez. ¿Es acaso la poesía un asunto adolescente? Y los niños... ¿escriben poesía?

No, los niños no escriben poesía.

Mi hipótesis es justamente que, por el trabajo que las transformaciones del cuerpo exigen a la lengua, el adolescente trata de ensamblar las nuevas palabras que deben nombrar las nuevas sensaciones, y el disfrute de esa tarea lo lleva a elevarla a veces al oficio de la práctica poética. Quizás por eso casi siempre los poemas del adolescente hablan de amor, suelen ser poemas de la primavera, del despertar sexual, y suelen ser también el refugio que la timidez del amante secreto encuentra para escribir lo que aún no se anima a decir a viva voz a su amada.

Cuántas veces nos encontramos en las películas con las serenatas bajo el balcón, siempre en compañía, haciendo ejercicio de esta poesía adolescente que canta al amor, a menudo bajo la forma del amor cortés. No lo hace a solas el amante, lo hace acompañado por sus pares, por su grupo -en este caso su grupo musical-.

A veces el poema adolescente es exactamente lo contrario, es una transformación en lo contrario que tiñe de negro y de desamparo lo que en otros es amor y esperanza. No por ello es menos poético el poema negro.

El adolescente y su poema es el nombre que doy a este esfuerzo por trabajar la lengua al modo de la poesía, con sus tropos y sus forzamientos, con sus ritmos y sus cadencias; es un trabajo hecho a menudo con otros, y lo que busca es hacerse un nuevo hábitat, para lograr habitar una lengua renovada que les permita encarar lo que les espera en la vida. Acaso esa lengua renovada, que fuera compartida con sus pares, tiene destino de abandono, como se abandona también la tarea poética -que no habrá sido entonces la de un artista-, y a menudo se abandona también al grupo, cuando se accede a lo que llamamos la vida adulta.

Sin embargo, suelo escuchar por boca de mis analizantes que, cuando al cabo de muchos años se rencuentran con aquellos con quienes han transitado la adolescencia, vuelven a contarse en la conversación las mismas anécdotas, los mismos chistes, las mismas palabras que los unieron alguna vez para encarar la ardua tarea de demorarse - a veces un rato, a veces años- de demorarse en eso de hacerse, como se dice, hombres.

El adolescente y su poema queda como marca y testimonio de ese pasaje por un esforzado, a veces delicado, trabajo con la lengua. Algunos lo olvidan, otros -quizás más afortunados- lo recuerdan.